

del sudor virginal, subiendo, grávida, la cuesta hacia Santa Isabel:

Como los azucarales
de verdes valles viciosos
tienen sus cañaverales
de los ardores solares
los nudos todos melosos;
bien así la rama tierna
de Jesé, que es pofecía,
sudaba, hecha linterna
de la luz, que es vida eterna,
por la vía.

O bien:

Hacíale Dios un viento
que entre los cedros rugía,
que le puso pensamiento
no ser aire de elemento,
según su dulce armonía.
E como el viento le daba
de parte de las espaldas,
como águila volaba,
que tardanza no causaba
tener faldas.

Después de esta poesía tan verdaderamente niña y santa, todo nos va a parecer en el gran siglo demasiado sabio y artificioso. ¿Cómo rezar ante una Virgen de Rajel después de contemplar una tabla de Fra Angélico?

Pero todavía los primitivos de nuestro teatro, Juan del Encina y Gil Vicente, conservan, con sabor ya a Renacimiento, pura y humilde la gracia medieval. Del primero, la copla suavísima y devota, a pesar de su origen profano, tan tiernamente glosada:

¿A quién debo yo llamar
vida mía
sino a ti, Virgen María?

Se diría que las palabras nacieron para colocarse así. Y que la lengua castellana es, en efecto, la creada para hablar con la Virgen María. De Gil Vicente citaríamos, junto a su canción de cuna del «Ro, ro, ro», muy conocida, la otra Cantiga:

Blanca sois y colorida,
¡Virgen Santa!
En Belem, lugar de amor,
de una rosa nació flor,
¡Virgen Santa!
En Belem, de amor lugar,
nació rosa de un rosal,
¡Virgen Santa!

Riquísima es la colección de villancicos anónimos o firmados por nuestros más altos o modestos poetas del siglo de oro. Pero en principio, ya he dicho que prefiero recordar los otros temas. Por eso le llega ahora el turno a un poeta singularísimo, poeta Jano, tan tradicional como nuevo humanista. Los estudios recientes, sobre todo el de José María de Cossío en su monumental libro sobre las «Fábulas Mitológicas», han puesto de relieve que no es Castillejo el sistemático y rutinario castellanista y antipetrarquista que se venía diciendo. El sentido profundo de su obra, a pesar de su técnica y versificación tradicionales, le adscribe a los nuevos tiempos. Pero ahora lo que nos interesa es su aspecto de poeta mariano. Y dentro de él, cómo enriquece la poesía a las advocaciones de santuarios con otra composición, «A nuestra Señora de Montserrat», que empalma con la del Canciller. En ella, con las preguntas a la Señora: «¿Cómo quisistes morar—siendo Señora del mundo—en tan áspero lugar?», alude a otras Vírgenes escondida en fragosas peñas: «También hacéis vuestra estancia—en Guadalupe en las breñas—y así en la Peña de Francia». No sabe el poeta qué ganancia saca la Señora en andar por las peñas y lo atribuye a querernos señalar el atajo para llegar al cielo y a querer hallarse presente allá arriba para que no nos perdamos por la sierra. La mención de Guadalupe y de la Peña de Francia se comprende en poeta nacido en Ciudad Rodrigo, que tendría muy bien andado sobre todo ese último santuario.